

VOCES ANTIGUAS EN EL CONCIERTO DE LA PAZ

## San Paciano, Obispo de Barcelona

### INTRODUCCION.-VIDA Y ESCRITOS

Pocos son los datos ciertos que tenemos. El testimonio más auténtico que nos ha dejado la antigüedad son las líneas de San Jerónimo, tan cortas en extensión como ricas en contenido, que dicen así: «Pacianus, in Pyrinaei iugis, Barcilonae Episcopus, castigatae<sup>1</sup> eloquentiae, et tam vita quam sermone clarus, scripsit varia opuscula de quibus est CERVUS, et contra Novatianos. Sub Theodosio principe iam ultima senectute mortuus est»<sup>2</sup>.

Nació, según parece, en los primeros años del s. iv, pues S. Jerónimo, que escribía antes del año 392, dice que murió de edad muy avanzada.

Su ciudad natal debió ser Barcelona, ya que, andando el tiempo, lo eligieron para Obispo y según la disciplina eclesiástica de aquellos tiempos, era elegido un miembro de la comunidad bien conocido de los electores.

En su infancia cultivó con esmero las letras clásicas, de cuyo dominio son clara muestra las numerosas citas<sup>3</sup> y alusiones<sup>4</sup> que a

---

<sup>1</sup> Preferimos esta lectura de los Bolandianos a la de Migne, que dice «castitate et eloquentia».

<sup>2</sup> *Cat. Script. Eccles.*, cap. 106.

<sup>3</sup> En *Epist.* II, n. 1, se lee: «Fraus enim quasi vulpeculae, vis autem leonis est; utrumque ab homine alienissimum, sed fraus odio digna maiori», que es de CICERÓN, *De Officiis*, I, 13.—En *Paraenesis*, IV, dice: «letalis arundo», de VIRGILIO, *Eneida*, 4, 73; y OVIDIO, *Met.* 1, 471.

<sup>4</sup> En *Paraen.* I, habla de Solón Ateniense.—En *Epist.* II, habla de las Musas, del monte Helicón, de Hesíodo.—En *Paraen.* XI, del hígado de Ticio y del buitre de los poetas.

cada paso se ven en sus obras. El mismo con toda claridad nos dice cómo aprovechaba su vasta cultura empleándola en la defensa de la verdad. «¿De qué me reprendes, dice a Simpropiano, de dónde sabes que he hurtado a Virgilio un verso si nunca le has leído? Yo no cité el verso según está en su lugar y me valí de esa expresión, como es costumbre de los que hablan servirse de locuciones dichas por otros anteriormente... Yo lo aprendí siendo niño, y ¿es de extrañar que echase mano de lo que sabía?... Citar un obispo versos de poetas: ¿te ofendes por ello? ¿Se corrió San Pablo de citarlos y aprobarlos ante los atenienses?»<sup>5</sup>. De ahí que sus obras rebosen de frases de la más pura latinidad, que demuestran su conocimiento de los autores griegos y latinos, si bien —dicho sea en honor de la verdad— algunas frases y locuciones suyas son de un latín bajo y decadente<sup>6</sup>, lo cual por otra parte nada tiene de extraño, dado el tiempo en que escribía.

Fué casado y tuvo un hijo llamado Flavio Lucio DEXTRO muy amigo de San Jerónimo, como se ve por otro testimonio altamente elogioso que de él dejó escrito en su obra *De viris illustribus*<sup>7</sup>.

Ocupó a mediados del s. iv la sede episcopal de Barcelona sucediendo a Pretextato<sup>8</sup>, pero no sabemos el año de su promoción al episcopado ni el tiempo que apacentó sus ovejas.

Su muerte debió acaecer entre los años 384-388, el día 9 de marzo<sup>9</sup>. Se le dió culto ya desde la más remota antigüedad y, aunque no aparece en los calendarios ni en la liturgia mozárabe, se halla consignado en el llamado *Parvum Martyrologium Romanum* del s. ix<sup>10</sup>. Los Santorales y Misales de Barcelona recogen su memoria desde el s. xii y en un Misal «secundum consuetudinem Ecclesiae

<sup>5</sup> El verso en cuestión es de la *Eneida*, 5, 302: «Multi praeterea quos fama obscura recondit». S. Pac. lo cita en *Epistola* II, n. 4: «et quos fama recondit obscura». El lugar de San Pablo es *Act.* 17, 28 y el verso citado de ARATO, *Phaenomena*, 5.

<sup>6</sup> Por ejem. los verbos: identari, oculare; el usar quanti por quot. *Epist.* II, n. 7; *Paraen.* 11.

<sup>7</sup> *De viris illustribus*, cap. 132.

<sup>8</sup> NOGUERA, *Obras de S. Paciano*, Introducción, p. X.

<sup>9</sup> NOGUERA, *o. c.*, Introd., pp. LIII-LVIII.

<sup>10</sup> Dice así: «Barcinonae, Paciani Episcopi».

Barcinonensis» impreso el año 1498, la misa de San Paciano tiene asignada la oración de Confesor y Doctor <sup>11</sup>.

OBRAS.—Son ciertamente suyas las siguientes:

*Paraenesis ad poenitentiam.*

*Epistolae tres ad Simpronianum*: I. De nomine catholico.—II. De litteris Simproniani.—III Contra tractatus Novatianorum.

*Tractatus de Baptismo.*

Estas son las que han llegado hasta nosotros. Escribió otra titulada *Cervus*, de la cual habla San Jerónimo <sup>12</sup> y a la que alude el mismo San Paciano <sup>13</sup>. Era una diatriba contra los desórdenes de los gentiles y de algunos cristianos en el día primero de enero. Esta obra se ha perdido.

Aparte de las ya citadas, el sabio benedictino P. Morin le atribuye resueltamente dos tratados más: el *Liber ad Justinum Manichaeum contra duo principia Manichaeorum et de vera carne Christi* <sup>14</sup> y el *De similitudine carnis peccati* <sup>15</sup>.

Fray Esteban de Salazar le atribuyó también un tratado contra los Donatistas <sup>16</sup>. Las razones de ambos para asegurar la autenticidad de dichas obras no traspasan los linderos de la probabilidad.

La fecha de la composición de cada una es muy difícil, por no decir imposible, de señalar. El *Cervus* parece que fué lo primero que compuso <sup>17</sup>. Las *Cartas*, hacia el año 377 <sup>18</sup>, cuando ya se hallaba avezado a las arduas tareas del gobierno de su Iglesia <sup>19</sup>.

Los escritos de San Paciano, a pesar de su poca extensión, han logrado en todos los tiempos una aceptación universal digna de su

<sup>11</sup> NOGUERA, *o. c.*, Introd. LVII.

<sup>12</sup> *Cat. Script. Eccles.*, cap. 106.

<sup>13</sup> *Paraen.* I.

<sup>14</sup> G. MORIN, *Un nouvel opuscule de Saint Pacien?* Le «Liber ad Justinum» atribué a Victorin, en «Revue Bénédictine», t. 30, 1913, pp. 286-293.

<sup>15</sup> *Un traité inédit du IVe. siècle*; le «De similitudine carnis peccati» de l' évêque S. Pacien de Barcelone, en «Revue Bénédictine» 29, pp. 1-28. Publicó el texto en «Etudes, textes découvertes; Maredsous, 1913, t. I, pp. 81-150.

<sup>16</sup> NOGUERA, *o. c.*, Introd. p. LII.

<sup>17</sup> *Paraen.* I.

<sup>18</sup> NOGUERA, *o. c.*, Introd. p. XXXI.

<sup>19</sup> *Epist.* II, n. 7.

mérito; ellos han ocupado la atención y el trabajo de investigadores y articulistas <sup>20</sup>.

No abundan ciertamente los códices y es verdaderamente extraño que no se encuentre ni uno solo en las bibliotecas y archivos es-

---

<sup>20</sup> BIBLIOGRAFIA.—P. B. GAMS, *Die Kirchengesch. von Spanien*, 2, 1, Regensburg, 1864, pp. 318-324.

E. GOETZ, *Gesch. der cyprian. Litter.*, Basel, 1891, p. 72-79.

A. HARNACH, *Tertullian in der Litter. der alten Kirche*, en «Sitzungsber. der Berliner Akad. der Wiss.», 1895, pp. 355 y 366.

C. WEYMAN, *Kritisch-sprachliche Analekten*, en «Wiener Studien», 17, 1895, pp. 314-318.

C. WEYMAN, *Vincere=revincere* (zu Pacianus), *ibid.* 20, 1898, p. 160.

A. GRUBER, *Studien zu Pacianus von Barcelona* (Diss.), München, 1901.

R. KAUER, *Studien zu Pacianus* (Prog.), Wien, 1902.

O. ZOECKLER, en «Realencycl. für protest. theol.», 1904, p. 143.

M. SCHANZ, *Gesch. der römische Litter.* IV, 1, München, 1914, pp. 369-371.

P. DE LABRIOLLE, *Histoire de la littérature latine chret.*, Paris, 1920, pp. 395-397.

NICOLÁS ANTONIO, *Biblioth. Hisp. Vetus*, I, párrafo 230.

O. BANDERHEWER, *Gesch. der altkirch. Litter.* III, Freiburg Br. 1923, páginas 401-403.

B. STEIDLE, *Patrologia*, Friburgi Brisgoviae, 1917, pp. 197-198.

ONRUBIA, *Patrologia*, Palencia, 1911, pp. 471-473.

G. WILHELM, *Patrologia*, Friburgo de Brisgovia, 1775, p. 103.

U. MORICCA, *Storia della Letteratura Latina cristiana*, Turín, 1928, en el vol. II, parte I, p. 576.

TILLEMONT, *Historia Ecclesiastica*, en el tomo VIII.

TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l' Histoire ecclés. des six premiers siècles.* 16 vol. París, 1693-1712.

ESPASA, *Enciclopedia*, tomo 40, pp. 1328-1329.

SEBASTIÁN PUIG, *Episcopologio de Barcelona*, Barcelona, 1916.

B. ALTANER, *Patrologia*, trad. de E. Cuevas y U. Domínguez, Madrid, 1945.

C. Weyman, P. K. en «Berliner Philolog. Wochenschrift», 1896, pp. 1051-1062 y 1104-1108.

FLÓREZ, *España Sagrada*, Madrid, 1918.

Z. GARCÍA VILLADA, *Hist. Eccl. de España*, t. I, parte I, pp. 327-351.

J. M. DALMAU, *La doctrina del peccat original en Sant Pacidá*, «Analec. sacra Tarrac.», 1928, vol. II, pp. 203-210.

J. VILAR, *Les citacions bíbliques de Sant Pacidá*, «Est. Univers. catalans», XVII, 1-49, 1932.

L. TRIA, *De similitudine carnis peccati*, «Il suo autore e la sua teologia», Roma, 1936. †

J. MADOZ, *Herencia literaria del presbítero Eutropio*, «Est. Eccl.», vol. 16, 1942, pp. 39-53.

H. PEYROT, *Discurso inaugural*. En él habla de San Paciano. Zwole, 1896.

pañoles. Existen hasta el presente dos que han servido de base a todas las ediciones: el Parisino, de la Biblioteca Nacional de París, n.º 2182 y el Vaticano, n.º 331 que antes perteneció a la reina Cristina de Suecia. A estos añadió Weyman el de Grenoble, del siglo XII<sup>21</sup>.

EDICIONES.—No existe edición crítica; quedó encargado de prepararla para el «Corpus Viennense» R. Kauer, pero hasta ahora no se ha publicado, o por lo menos no ha llegado hasta nosotros. Hay sin embargo algunos estudios sobre los códices y variantes más notables<sup>22</sup>. En nuestro estudio seguimos, como más autorizada y utilizable, la de Migne<sup>23</sup>.

En las obras de San Paciano campea un estilo vigoroso y enérgico, todo fuego y ardor cuando ataca el vicio, todo amor y dulzura

<sup>21</sup> NOGUERA, *o. c.*

<sup>22</sup> J. VAN DER VLIET, en «Mnemosyne», t. 23, 1895, pp. 178-198.

A. GRUBER, *Studien zu Pacianus*, p. 13.

NOGUERA, *o. c.*, pp. LXX-LXXI y 220-223.

<sup>23</sup> MIGNE, *Patr. Lat.*, t. XIII, 1051-1094 (reproduce la de Gallandi).

J. TILLIUS (*Jean du Tillet*), obispo de Meaux, hizo la «editio princeps» en París, 1538.

P. GALESINO, editó las obras de S. Paciano, junto con las de Salviano, Máximo, Sulpicio y otros, en Roma, 1564. Depende de la ed. de París.

MAGUERIN DE LA BIGNÉ., en su *Bibliotheca Patrum*, París, 1624, pp. 51-78.

*Maxima Bibl. Patrum*. Lugduni, 1677; IV, pp. 305-319.

VIC. NOGUERA, *D. Paciani, episcopi Barcinonensis, opera quae extant*, con traducción y notas. Valencia, 1780.

GALLANDI, *Bibl. Veterum Patrum*, Venetiis, 1770, VII, pp. 255-276.

H. HURTER, *Sanctorum Patrum opuscula selecta*, Oeniponti, 1878, 37.

*D. Paciani, Barcinonensis episcopi, opera*. No figura el nombre del editor; en Barcelona, 1881.

H. FLÓREZ, *España Sagrada*, apéndice al t. 29: S. Iglesia de Barcelona: «Barcinonensis praesulum opera quae extant nunc primum in unum collecta», pp. 390-438.

PALAU Y HUGUET, en su bibl. «La verdadera ciencia española», incluye las obras de San Paciano.

P. H. PEYROT, *Paciani Barcinonensis episcopi opuscula edita et illustrata*, Zwolle, 1896.

GASPAR BARTHIO, en su edición del «Pastor» de Hermas incluyó la *Paraenesis* de S. Paciano; Zwicka, 1655.

J. AGUIRRE, *Collectio maxima Conciliorum omnium Hispaniae*, Romae, 1694, 2, pp. 79-112. Tanto en esta como en la reimpresión hecha por José Catalani en Roma, 1752, falta el tratado *De Baptismo*.

ra cuando convida a la penitencia. Claro y sencillo en el *Tratado del Bautismo*, nervioso y no exento de ironía en sus *Cartas*<sup>24</sup>, elegante y majestuoso en la *Parénesis*. Los testimonios de la Sda. Escritura aparecen en sus escritos con una frecuencia realmente sorprendente. «Usaré, nos dice él mismo, de las mismas palabras de la Escritura para que no creáis que dejo correr libremente la pluma buscando adornos de estilo»<sup>25</sup>. Y a la verdad, no propone cosa alguna que no deje afianzada con la autoridad de las Divinas Letras, singularmente con alguna frase de San Pablo; quería sin duda que los fieles de su Iglesia no se olvidasen del que unos años antes las había predicado en aquellas mismas tierras con su palabra vibrante y apasionada.

### SU DOCTRINA ACERCA DE LA PAZ

No se encuentra ciertamente en sus obras una exposición sistemática o un tratado completo sobre la paz; no obstante, abundan los lugares donde la nombra expresamente<sup>26</sup> y no faltan frases y expresiones que nos dejan ver bien a las claras cuál era su pensamiento en esta materia. Ello nos permite elaborar un cuerpo de doctrina relativamente extenso a base de sus escritos, cosa que hasta el presente nadie, que sepamos, ha intentado. Los recorreremos, pues, mirándolos a través del prisma de la paz, siguiendo este esquema:

1. *Paz en el hombre como individuo*.—El hombre no tiene paz con Dios ni consigo mismo a) en la gentilidad: adquiere la paz por el bautismo; b) en el estado de pecado: adquiere la paz por la penitencia.

2. *Paz del hombre como miembro de una comunidad*.—La encuentra únicamente en la comunión con la «Iglesia verdadera».—Rompen la paz y la unión todas las herejías.

1. PAZ INDIVIDUAL.—No tiene el hombre paz con Dios ni consigo mismo en el estado de gentilidad. En su tratado sobre el

<sup>24</sup> *Epíst.* III, n. 15; n. 21.

<sup>25</sup> *De Bapt.* I.

<sup>26</sup> *Epíst.* I, n. 2; *Epíst.* II, n. 5 y 7; *Epíst.* III, ns. 1, 3, 17, 18, 19, 20, 22, 27.

Bautismo, dirigido a los «competentes»<sup>27</sup>, quiere descubrirles el estado de esclavitud en que gemía el hombre sumergido en las tinieblas de la idolatría. «El pecado dominaba en nosotros para que fuésemos despojo de la muerte... estábamos sujetos a las abominables obras a que nos inducían los espíritus infernales, bajo cuyo dominio no nos era permitido hacer obras de justicia, ni conocer esta virtud, porque el mismo mal estado nos impelía a servir a tales dueños... condenados a morir: condenación que fué extendida a todo el género humano porque todos pecaron... con esto estableció el pecado su dominio y nosotros, atados a sus cadenas, éramos arrastrados como prisioneros al suplicio, esto es, a una muerte sin fin»<sup>28</sup>. La simple lectura de lo expuesto nos manifiesta que el estado descrito es lo más opuesto a la paz. Un corazón prisionero, uncido al yugo vil del pecado, es enemigo de Dios. Rompió el hombre la amistad con el Creador, engañado por el padre del pecado de la desobediencia<sup>29</sup>, y entró en el mundo la ley del pecado<sup>30</sup>, con la cual Sathanás había rendido al hombre y en él dominaba como dueño y señor absoluto. Desde este instante se rompen las hostilidades entre Dios y el demonio y emplean como campo de batalla el corazón del hombre. Por eso la pérdida de la paz con Dios por el pecado, se traduce en la ausencia total de paz consigo mismo.

Su entendimiento, hecho para la verdad, en la cual únicamente halla sosiego y quietud, alejado de Dios, se ve envuelto en las tinieblas del error y balanceado como una hoja seca por los vaivenes de la duda.

Su voluntad, debilitada y carcomida por la triste herencia del pecado, siente repugnancia hacia el bien e inclinación hacia el mal.

Su corazón, dominado por la concupiscencia con su cortejo de todos los vicios<sup>31</sup>, se siente agitado violentamente por el choque encontrado de las más fuertes pasiones. En este hombre, ¿qué encontramos que no sea temor, turbación, intranquilidad y angustia, cosas todas ellas tan contrarias a la paz? No podía haber otra paz

---

<sup>27</sup> Eran los catecúmenos que en breve iban a recibir el bautismo.

<sup>28</sup> *De Bapt.*, II.

<sup>29</sup> *De Bapt.*, III.

<sup>30</sup> *De Bapt.*, II.

<sup>31</sup> *De Bapt.*, II.

que la del vencido, la del esclavo, y esa, ni el nombre de paz merece.

«*Quae igitur spes hominis?*»<sup>32</sup> es el grito anhelante del que abarca con mirada profunda el abismo de su miseria. ¿Qué esperanza le queda al hombre? ¿No será ya posible anudar los lazos de esa amistad deshecha, vencer al enemigo de Dios, derogar la ley de pecado y de muerte, restablecer el equilibrio perdido y hacer que florezca de nuevo el ramo de olivo de la paz? No hay vacilación en la respuesta: «Jesucristo, viniendo al mundo y tomando naturaleza humana, sacó al hombre de la esclavitud del pecado»<sup>33</sup>. Jesucristo no podía mirar con indiferencia la tremenda lucha que se desarrollaba en él y quiso intervenir en ella emprendiendo la defensa del hombre<sup>34</sup>. Entonces el demonio, que ejercía tiránico dominio en el alma de los mortales, «empezó a ponerse en movimiento, a entrar en zozobra, a correr asustado a todas partes y se arma para un combate contra el Inmaculado»<sup>35</sup>. Y en esta lucha entre Cristo y el pecado, vence Cristo brillantemente «resucitando al tercer día vestido de carne, la cual *reconcilió* con Dios y restableció en los derechos de la inmortalidad, triunfando del pecado y borrándolo del mundo»<sup>36</sup>. Con ello mereció para todos los hombres la gracia, que es un don de Cristo<sup>37</sup>, y que se nos infunde por la virtud regeneradora de las aguas del bautismo, donde «el Espíritu Divino produce un hombre nuevo»<sup>38</sup>. He aquí pues cómo el hombre, después de su regeneración por el bautismo, goza de una paz venturosa que le hace feliz, ya que el bautismo le da derecho al perdón de sus pecados<sup>39</sup>, a la justificación que conduce a la vida eterna<sup>40</sup>, a renovarse en Cristo empezando una vida ajena a los extravíos de la antigua, y a recibir, en fin, los dones del Espíritu Santo, cuales son la fe, la pureza, la castidad, la paz, la inocencia...

---

<sup>32</sup> *De Bapt.*, II.

<sup>33</sup> *De Bapt.*, II.

<sup>34</sup> *De Bapt.*, III.

<sup>35</sup> *De Bapt.*, III.

<sup>36</sup> *De Bapt.*, IV.

<sup>37</sup> *De Bapt.*, II.

<sup>38</sup> *De Bapt.*, VI.

<sup>39</sup> *De Bapt.*, VI.

<sup>40</sup> *De Bapt.*, I.



Ya tenemos el puente que nos une otra vez con Dios; ya queda de nuevo restablecida la paz entre los dos enemigos; ya puede el hombre sentir la caricia de Cristo en su corazón en vez del latigazo del demonio.

Pero el estado de gracia, adquirido por el bautismo y que nos trae toda clase de bienes, puede perderse por el pecado mortal y entonces desaparece la paz, la tranquilidad, la amistad con Dios y el sosiego del alma. De nuevo el hombre, esta vez el cristiano, se ve sumido en el estado de muerte y confusión. No hace falta amontonar testimonios para probar que el pecado en el cristiano rompe la paz con Dios y destruye la tranquilidad interior del alma; esto es claro. «El que después de haber recibido el bautismo cometiere tales delitos no verá la cara de Dios» y «el pecado es el aguijón de la muerte»<sup>41</sup>. ¿Cómo vuelve al estado anterior y recupera la paz perdida? «¿Hemos de perecer sin remedio, dirá alguno?»<sup>42</sup> Para nosotros la respuesta es sencillísima: todo pecado se borra en el sacramento de la Penitencia dignamente recibido.

Esta fué también la respuesta de San Paciano, y no podía ser otra, puesto que esta ha sido siempre la doctrina de la Iglesia; pero la registramos como cosa notable porque en este punto luchó denodadamente nuestro Santo contra una herejía de aquel tiempo que precisamente cerraba a los pecadores el camino a la reconciliación con Dios. Era la herejía de los Novacianos, cuyo representante y propagador en España, y concretamente en la Iglesia de Barcelona, era un tal Simproniano, bien conocido por las tres cartas que le dirigió San Paciano.

Estos herejes negaban a la Iglesia el poder de perdonar los pecados; por lo menos los tres gravísimos de apostasía, homicidio y adulterio; luego lo extendieron a toda clase de pecados, pretendiendo «probar que no es lícita la penitencia después del bautismo, que la Iglesia de Dios no puede perdonar el pecado mortal y que antes bien deja de ser Iglesia si admite a su comunión a los pecadores»<sup>43</sup>. Bien se echa de ver que esta herejía asesta un golpe mortal al peca-

---

<sup>41</sup> *De Bapt.*, IV.

<sup>42</sup> *Paraen.*, V.

<sup>43</sup> *Epist.* III, n. 1.

dor, pues ¿qué esperanza le quedaría a éste si, después de cometido el pecado, en él tuviera que morir, sin remedio posible? ¿De qué le sirvió al hombre lograr por el bautismo la paz con Dios, la tranquilidad de su espíritu si, perdida por el pecado, no tiene esperanza de recobrarla? Queda abierto tan sólo el camino para la desesperación, para la angustia infinita de una felicidad que se pierde para siempre...

Pero San Paciano, que vela constantemente para que sus ovejas no se alimenten de pastos que puedan turbar la paz de su espíritu, lanza contra esas doctrinas corrosivas la artillería de sus argumentos, corroborados con testimonios irrefragables de la Sagrada Escritura. No es otro el objeto de las Cartas que escribió al hereje Simproniano.

Con textos de Antiguo y Nuevo Testamento, por ejemplo: Abandone el pecador sus caminos, conviértase al Señor y alcanzará misericordia <sup>44</sup>. Dios es piadoso, manso, sufrido y revoca la sentencia fulminada contra los pecadores <sup>45</sup>. Lo que atareis en la tierra será atado en el cielo y lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo <sup>46</sup>. Otras veces con los recursos de su ingenio y hasta usando en ocasiones de fina y punzante ironía, como en aquel pasaje donde se encara con Simproniano y sus secuaces: «¿Jamás vosotros habéis caído? ¿Carecen enteramente de mancha vuestros pensamientos? Ninguna pajuela lastima vuestros ojos. Ea, entrad luego en el cielo; romped, espada en mano, las puertas del paraíso» <sup>47</sup>. Así va pulverizando las objeciones del hereje y sentando la consoladora doctrina, verdadera y tradicional, de la Iglesia; abriendo de paso la puerta del perdón, de la paz y de la esperanza al pecador arrepentido.

Por esto no dudamos en afirmar que San Paciano, haciendo honor a su nombre, fué esforzado paladín en la causa de la paz y contribuyó con su doctrina y sus exhortaciones a que las almas atribuladas de los pecadores y de los gentiles encontrasen un refugio seguro y tranquilo en la misericordia inagotable de Dios y de su Iglesia.

---

<sup>44</sup> *Epist.* I, n. 5. Cita a *Isaias*, 55, 7.

<sup>45</sup> *Ibid.* Cita del *Salmo* 85, 5.

<sup>46</sup> *Epist.* I, n. 6 y *Paraen.* XII.

<sup>47</sup> *Epist.* III, n. 21.

2. PAZ DE HERMANDAD.—No es el hombre un ser aislado; su vida se proyecta hacia los demás. Es una pieza en el engranaje de una institución: de una familia, de un pueblo, de una nación, de la sociedad en una palabra. A ella presta sus servicios, su actividad y de ella recibe inestimables beneficios. En ella encuentra el hombre medios abundantes para el perfeccionamiento de su inteligencia, ejemplos para la educación de su voluntad, ocasiones para satisfacer sus aspiraciones, desarrollar sus actividades: es, en fin, la sociedad el complemento de la naturaleza humana.

De igual manera el cristiano, en el plano de la vida sobrenatural, no es eremita solitario, desconectado de los demás, cuyas relaciones para con Dios estén unidas por el hilo de una comunicación privada, sino que se siente vinculado a una comunidad, a una gran familia, a una sociedad que él mismo forma con los demás, en la que encuentra también el complemento a la vida de su espíritu: luz para su entendimiento con la que aprende las verdades de la fe; fuerzas para su voluntad con la recepción de los sacramentos; armas para su corazón con las que resiste y vence al enemigo. Esta sociedad para el cristiano es la Iglesia.

Y al hablar sobre ella es donde San Paciano despliega las alas de su inteligencia demostrando que la Iglesia es un *todo*: un cuerpo, una familia, un templo, un pueblo, algo, en fin, que surge de la unión y convivencia de todos sus miembros, de todos sus componentes; y explicando cómo en la comunión y concordia con la Iglesia, en la sumisión a su Jerarquía, en la obediencia a sus leyes y en el trato fraternal y caritativo con todos los fieles, encuentra el alma la verdadera paz, imán de todos los bienes.

Con profusión y variedad de imágenes nos dice que la Iglesia «es el cuerpo de Cristo: esto es, cuerpo, no miembro: cuerpo ciertamente formado de muchas partes y miembros unidos, porque, como dice el Apóstol: El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos<sup>48</sup>. Luego la Iglesia es un cuerpo entero, macizo y difundido ya en todo el orbe de la tierra, a semejanza de una república, cuyas partes componen un todo»<sup>49</sup>. «A este cuerpo estamos unidos como miembros y parte suya somos todos los fieles... todos formamos

---

<sup>48</sup> *Epist.* III, n. 4.

<sup>49</sup> *Ibid.*

un cuerpo en Jesucristo, lo mismo el judío que el griego, tanto el libre como el esclavo»<sup>50</sup>. Y, dirigiéndose a Simproniano, lamenta «tu separación de nuestro cuerpo»<sup>51</sup>, «después que te has separado de tu cuerpo y dividido de tu madre...»<sup>52</sup>.

Otras veces la Iglesia es «el pueblo apostólico»<sup>53</sup>, «el pueblo verdadero... un pueblo renacido del agua y del Espíritu Santo, donde está el agua viva que mana de Cristo; un pueblo que confiesa el nombre de Cristo, donde no faltan confesores, mártires y obispos santos e inmaculados, cuya fe han acrisolado las cárceles, las hogueras, las cadenas y los cuchillos»<sup>54</sup>.

Es también «el templo de Dios»<sup>55</sup>, «edificado sobre los cimientos de los Profetas y Apóstoles y sobre la piedra angular que es Jesucristo»<sup>56</sup>; «casa espaciosa, que tiene no sólo vasos de oro y plata sino también de madera y barro; algunos destinados al decoro y majestad y otros muchos, también preciosos, para el servicio de diferentes usos»<sup>57</sup>. Y es esta una idea que repite en diferentes ocasiones, para dar a entender que la Iglesia es la casa y familia a la que pertenecen todos los cristianos (salvo los herejes): los hijos fieles que nunca abandonaron la casa de su padre y los que se alejaron de ella, si después de haber desbaratado su patrimonio vuelven a su morada arrepentidos<sup>58</sup>; las ovejas que no se apartaron del redil y las que, descarriadas en algún tiempo, oyeron los silbos amorosos del pastor y tornaron al aprisco. Por eso dice en otro lugar: «¿Acaso el padre de familia sólo guarda en su casa vasos de oro y plata y se desdeña de guardar los de madera, los quebrados y vueltos a componer?»<sup>59</sup> «Una gran casa se destina a varios usos y se ocupa en diferentes servicios; si brilla su grandeza con la plata y doradas alhajas, no parece menos majestuosa con otros adornos infe-

---

<sup>50</sup> *Epist.* III, n. 13.

<sup>51</sup> *Epist.* I, n. 1 y *Paraen.* VIII.

<sup>52</sup> *Ibid.*

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> *Epist.* II, n. 7.

<sup>55</sup> *Epist.* III, n. 4.

<sup>56</sup> *Epist.* III, n. 26.

<sup>57</sup> *Epist.* III, n. 4.

<sup>58</sup> *Epist.* III, n. 14.

<sup>59</sup> *Epist.* I, n. 15.

riores; y tal vez entre los espaciosos salones no ofenden los pequeños aposentos» <sup>60</sup>.

También aparece como «la vid fecunda rica en sarmientos y racimos que la adornan como una ondulada cabellera... las yemas que esta vid arroja en sus sarmientos unas son menos vigorosas, otras más robustas: una está cargada de frutos, otra rebosa en hojarasca y no obstante por cualquier parte agrada su belleza» <sup>61</sup>.

Y resume su pensamiento con este párrafo brillante: «La Iglesia es aquella Reina vestida de tela de oro con matices de varios colores, esto es, un cuerpo formado de personas de todas clases y de todas las naciones. Este vestido no está matizado de un solo color ni la variedad que se advierte está sólo en el vestido; una parte suya cubre el cuerpo, otra le adorna; parte se ajusta a la cintura, parte es rozagante falda que arrastra y que al andar recoge la suciedad. En su púrpura representa a los mártires, en la seda a las vírgenes; un extremo se cose por debajo para que forme majestuosos pliegues, otro necesita que la aguja lo repare... sin embargo esta Reina de tanta variedad adornada, siempre es la misma» <sup>62</sup>.

Y ¿quiénes son los miembros de este glorioso cuerpo, los hijos de esta gran familia, los ciudadanos de este pueblo afortunado? Son aquellos que han recibido el bautismo. «El Espíritu Divino produce un hombre nuevo, introduciéndole en el seno de la Iglesia y dándole a luz en las aguas del bautismo, por medio de las manos del sacerdote» <sup>63</sup>. El bautismo, que limpia nuestros pecados, nos prepara para la Confirmación, donde el crisma derrama el Espíritu Santo sobre nosotros en virtud de las palabras e imposición de las manos del Prelado <sup>64</sup>, nos da derecho a recibir los demás sacramentos y nos constituye en hijos de Dios y en miembros de la Iglesia de Cristo.

Por lo tanto, a esta incorporación en la comunidad cristiana sigue el goce de los más delicados sentimientos del espíritu: el tener

---

<sup>60</sup> *Epist.* III, n. 26.

<sup>61</sup> *Epist.* III, n. 25.

<sup>62</sup> *Ibid.*

<sup>63</sup> *De Bapt.*, VI.

<sup>64</sup> *Ibid.*

a todos los fieles por hermanos, el vivir *in pace communi, in Confessorum grege* <sup>65</sup>, *contentos con la paz de la antigua congregación, sin ser amigos de discordias ni buscando argumentos para pelear* <sup>66</sup>; *viviendo en la paz y comunión de los fieles* <sup>67</sup>, *sin turbar la paz de los santos* <sup>68</sup>. «En esta convivencia se ha de cumplir aquello que previene el Apóstol: ayudaos mutuamente en los trabajos y así satisfaceréis la ley de Cristo, y, en cuanto sea posible, lo que dice el Señor por David: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*» <sup>69</sup>.

Este cúmulo de testimonios nos manifiesta bien a las claras cómo, según San Paciano, brota, como de un manantial purísimo, de la unión y concordia fraternal de todos los cristianos, la paz que aquieta el alma con dulzura inenarrable. Por eso el Santo, al despedirse de Simproniano en sus cartas II y III, le desea en frases casi idénticas como el mejor bien para su alma *que el Señor se digne guardarte y protegerte por una eternidad, y te conceda vida para ser cristiano católico, uniéndote a nuestra comunión*.

Y es porque aquel que no sea sarmiento de esta vid, súbdito de esta Reina, hijo de esta buena madre que es la Iglesia, no podrá gozar de los favores y bienes antes enumerados: no participará de los tesoros del padre de familia, no gustará el encanto de la fraternidad, no hallará la paz ni tendrá la vida eterna. Porque si en nuestra Iglesia está el agua viva que mana de Cristo, ¿de qué agua beberá el que está separado de su fuente? ¿De dónde le vendrá la regeneración, la innovación al que perdió la *cuna de la paz*, que hace de madrina en el acto del bautismo? ¿Qué savia de vida correrá por las venas de aquel que abandonó la raíz de la antigua ley? ¿Quién envía el Espíritu al que no es confirmado por un Obispo legítimamente consagrado? <sup>70</sup>. Por eso, dice a Simproniano, no busques Apóstoles, ni Confesores ni Mártires fuera de nuestra comunidad: «demos que Novaciano padeciera algunas vejaciones, pero no murió de ellas; supongamos que hubiera muerto, pues ni aun en-

---

<sup>65</sup> *Epist.* II, n. 7.

<sup>66</sup> *Epist.* III, n. 2.

<sup>67</sup> *Epist.* III, n. 5.

<sup>68</sup> *Epist.* III, n. 18.

<sup>69</sup> *Epist.* III, n. 20.

<sup>70</sup> *Epist.* III, n. 7.

tonces hubiese sido mártir. ¿Cómo que no, dirás? *Porque estuvo fuera de la Iglesia, reñido con su paz y sin comunicación con la madre de la que el Mártir debe ser miembro... Cipriano en cambio padeció en la unión de la misma Fe, en la paz común, en el número de los confesores: repetidas veces confesó la Fe, sufrió crueles tormentos en varias persecuciones y, finalmente, bebió el cáliz de la salud. Esto fué recibir la corona del martirio»*<sup>71</sup>.

Según esto, de la misma manera que en el hombre la vida, la sangre, el movimiento sólo llegan a los miembros unidos entre sí, a los que forman el organismo y no a los separados de él, así la vida del espíritu, la gracia santificante, la actividad sobrenatural y meritoria sólo se comunica al hombre mediante su inserción en el cuerpo de la Iglesia y mientras permanezca en la paz común y concordia con todos los fieles.

Pero se habrá podido observar que San Paciano, al nombrar la Iglesia, casi siempre le añade un epíteto característico, que la señala y distingue: y así dice que hay que estar unido, no simplemente a la Iglesia, sino a la Iglesia verdadera, principal, a la Iglesia de Dios, a nuestra Iglesia, etc. Y ¿cuál es para San Paciano la que tiene esas propiedades?

Muchas sectas y doctrinas han brotado desde el origen del cristianismo; todas han pretendido ser las únicas depositarias de la verdad, cada una de ellas se figura encarnar ella sola la verdadera Iglesia de Cristo... Y tiene que ser necesariamente una sola la verdadera; ésta habrá de tener, por lo tanto, alguna señal, algún distintivo que nos la dé a conocer, porque *«habiéndose levantado posteriormente varias herejías, que hicieron empeño de despedazar con diversos nombres a la reina y a la paloma de Dios, era justo y necesario que el pueblo apostólico tuviese un distintivo que manifestase la unidad de un pueblo incorrupto, para que el error de algunos no profanase la inmaculada virgen de Dios en sus miembros. ¿No era puesto en razón que la principal cabeza tuviese un nombre propio que la distinguiese? Si yo, por casualidad, hubiese llegado hoy a una populosa ciudad en la que se hallasen Marcionitas, Apolinaristas, Catafriges, Novacianos y otros, y que todos se llamasen cristianos, ¿có-*

---

<sup>71</sup> *Epist.* III, n. 7.

mo sabría distinguir a los que son de mi congregación?»<sup>72</sup>. San Paciano busca, pues, una fórmula, un nombre inconfundible, propio de la verdadera Iglesia; no basta el de *cristiano*, porque todas las sectas dicen seguir a Cristo y se llaman también cristianos; con este nombre no se pueden distinguir las mansas ovejas de los lobos rapaces...

Mas, si dos hombres tienen iguales sus nombres, se distinguen por el apellido; así el nombre de todos los que siguen a Cristo será el de *cristianos*. ¿Y cuál será el apellido? ¿Qué nombre señalará al «verdadero» seguidor de Cristo, al miembro de la única Iglesia que fundó Jesucristo?

El gran Obispo barcelonés encontró la fórmula breve y clara, el nombre preciso, el apellido justo que desde entonces ha venido aplicándose a la verdadera Iglesia y al verdadero cristiano: «CHRISTIANUS MIHI NOMEN, CATHOLICUS VERO COGNOMEN»<sup>73</sup>. Frase feliz, que resume y compendia, como en una ecuación, las notas y cualidades que ha de tener la Iglesia de Jesucristo.

Y ¿qué significa esta palabra *católico*? La explicación es como sigue: «Católico es lo mismo que *uno en todas partes*, o, según los doctores interpretan, obediencia de todos, a saber, de todos los preceptos de Dios. Por eso dijo el Apóstol: Si os mostráis obedientes en todo; y en otro lugar: Así como por la desobediencia de un hombre solo, todos se han hecho pecadores, así, por la obediencia de otro solo hombre, todos se justificarán (*Rom. 5, 19*). Luego lo mismo es católico que *obediente a lo justo*; luego el cristiano con esa cualidad es católico. Así el llamarse Católica nuestra Iglesia, es para que este nombre la distinga del que llevan los herejes. Y si esta voz católico significa *uno en todas partes*, como sienten los primeros intérpretes, ya habló David cuando dijo: Presentóse la Reina vestida de tela de oro matizada de varios colores (*Ps. 44, 10*), esto es, una en todas las cosas»<sup>74</sup>.

Ya sabemos, pues, cuál es la Iglesia a la que San Paciano llama *principal, verdadera, nuestra*, etc. A la Iglesia Católica. Esta es la que «descansa sobre los primeros cimientos, que no ha tomado

<sup>72</sup> *Epist. I, n. 3.*

<sup>73</sup> *Epist. I, n. 4.*

<sup>74</sup> *Ibid.*



rumbos opuestos, que no se ha separado de su cuerpo, para crearse maestros y ceremonias peculiares. Si hubiese establecido dogmas desconocidos, si se hubiese arrogado derechos que no tenía, si hubiese dado a su cuerpo repudio de paz, entonces se habría separado ciertamente de Cristo, entonces hubiera dejado de apoyarse en los Profetas y Apóstoles <sup>75</sup>.

Las demás Iglesias que de esta discrepen o a esta se opongan no son Iglesias sino sectas de muerte y perdición. Son las herejías que, en todo tiempo, han tratado de romper y despedazar el cuerpo de la Iglesia, sembrando disensiones, turbando la paz de los santos. *El hereje, dice S. Paciano, rasga, malea, mancha y arruga el vestido del Señor, la Iglesia de Cristo* <sup>76</sup>. «De nada ciertamente sirve al hombre lavarse en una fuente heretical, ni unirse con el óleo del pecado... *de lo que se sigue que vosotros, los herejes, seréis unos homicidas, pues no apetecéis la paz, sino la perdición de vuestros hermanos*. Fe falsa es la de vuestro cristianismo; vuestra congregación heretical es la mujer adúltera; porque la Iglesia Católica, desde su origen, jamás se ha separado del tálamo nupcial de su Esposo ni se ha dejado vencer de los requiebros de galanes extraños» <sup>77</sup>. «Las fuentes secas y las nieblas que elevan los torbellinos son imagen de las herejías estériles y de los huracanes de sus voces delirantes» <sup>78</sup>; por eso *nos guardamos de los falsos profetas y de los lobos salteadores, cuando huímos de vuestra comunicación* <sup>79</sup>.

No busquemos, pues, la paz sino *en el pozo de agua viva y fuente sellada* <sup>80</sup>, que no esté enturbiada con el cieno de algún herético remolino; en la comunión con la Iglesia Católica; de esta madre cuyo cuidado para con sus hijos es extremado, su cariño tierno y afectuoso; que honra a los buenos, castiga a los soberbios, a todos salva, a ninguno desecha y conserva a sus hijos la vida con su bondad <sup>81</sup>, porque «en esta Iglesia se recompensan los méritos de los fieles, son apreciadas las lágrimas de los desdichados, oídos los so-

---

<sup>75</sup> *Epist.* III, n. 26.

<sup>76</sup> *Epist.* III, n. 4.

<sup>77</sup> *Epist.* III, n. 22.

<sup>78</sup> *Epist.* III, n. 21.

<sup>79</sup> *Epist.* III, n. 21.

<sup>80</sup> *Epist.* III, n. 21.

<sup>81</sup> *Epist.* III, n. 4.

llozos de los suplicantes; se cierran las heridas y se curan las dolencias... en ella se conserva una caridad activa que todo lo espera, todo lo padece, por todo pasa... en esta Iglesia, llorando todos los fieles de la comunidad, se cargan recíprocamente de las obligaciones de sus hermanos y con mutua piedad y confianza se ayudan unos a otros por amor de Jesucristo, persuadidos de que sólo pueden mantener la unidad del espíritu *mientras que todos permanezcan concordes en la paz*<sup>82</sup>.

He aquí, brevemente expuesto, el pensamiento de San Paciano sobre la paz. En sus escritos, que nos revelan un profundo teólogo, un exégeta experto y un escritor elocuente y lleno de vida, queda demostrado que los fieles en el estado sobrenatural *son hombres de paz* por su unión con Dios, con Cristo y con su Iglesia, actuadora perenne de la obra de Jesucristo y que cumple en nuestros días, impulsada por el Divino Espíritu, una misión urgente: la misión de la paz.

MIGUEL MARTINEZ, Pbro.

---

<sup>82</sup> *Epist.* III, n. 5.